

CRITICA A LA TEOLOGIA ACTUAL

Dos lectores me hacen peticiones contradictorias sobre lo que se debería escribir en materia religiosa. Uno de ellos critica mis juicios severos sobre lo expuesto en el reciente Congreso de Teología de Bruselas, y opina que mis críticas de teólogos como Rahner, Schillebeeckx y Congar son improcedentes, y quizá producto de un «complejo de Edipo frente a estos beneméritos y sufridos padres de la teología actual». Y le parece un «exclusivismo cerril» el que haya dicho que las voces seglares son las que deben renovar la reflexión religiosa, que —en mi opinión— se encuentra en una especie de callejón sin salida en la Iglesia, y también piensa ser una «injusticia indocumentada» que diga que los teólogos de oficio, en general, nos hacen evadirnos de nuestros problemas reales del mundo, incluso estos tres que han sido los padres del progresismo religioso católico.

Este lector me pide que no dirija críticas a ellos, sino que critique a la luz de la fe y con libertad cristiana las situaciones, los acontecimientos y los problemas sociales y políticos del mundo.

El otro lector cree, por el contrario, que mi crítica es insuficiente y que lo que haría falta es olvidarse de la fe y de los creyentes, y que los sociólogos y psicoanalistas analicen la realidad religiosa sin más. Nada de fe ni de su luz para enfocar la realidad humana.

Ante estas peticiones divergentes creo que debo una aclaración a ambos lectores, exponiéndoles mi sincera postura en dos artículos que dedicaré a ello. Creo que no será inútil esta clarificación, puesto que esta dialéctica lector-escritor, sea sobre el tema que sea, ayuda a la marcha progresiva de los hombres y de sus convicciones, aunque éstas sean distintas.

La verdad es que no sólo he sido yo, sino también la mayoría de los críticos extranjeros que hablaron de este Congreso, quienes han subrayado aproximadamente las mismas cosas que yo hacía notar; incluso he podido leer, posteriormente a la redacción de mi artículo, algunas reflexiones de ciertos profesores que presentaron ponencias en el Congreso, que van en la misma línea de mi postura drástica y crítica en contra de la teología actual.

Del papel del Padre Schillebeeckx, en la forma de llevar el Congreso, dice la revista *Témoignage Chrétien*, en pluma del Padre F. Biot, que podría no entristecerse por las limitaciones ocurridas en el Congreso, y que se le podría encontrar «demasiado académico», «demasiado marcado por la cultura occidental», «demasiado masculino», «dirigido de manera demasiado autoritaria por el Padre Schillebeeckx, y excesivamente influido por la tendencia que éste representa» (*Témoignage Chrétien*, 1 de octubre de 1970).

Sin embargo, es curioso que este mismo Padre Schillebeeckx dijera el primer día una cosa que luego no se ha pretendido allí por los organizadores, y es que «tenemos que aprender los unos de los otros por la reflexión y por la discusión». Pero la fuerza contestataria en contra de esa teología oficial del Congreso fue tan grande, que al final tuvo que reconocer Schillebeeckx, modestamente, que los teólogos allí presentes, a pesar de ser los más sonados hoy en la Iglesia, «no somos sino una voz dentro de la Iglesia».

La más importante revista católica de información, *Informations Catholiques Internationales*, critica esta reunión de teólogos de primera línea porque «fue decepcionante en la manera de evitar ciertas cuestiones radicales o demasiado vivas», y además piensa que en las exposiciones oficiales «no hemos escuchado un nuevo lenguaje, y sería exagerado decir que los problemas básicos han tenido acogida actualmente en la teología».

El Padre Jossua, dominico francés del gran centro teológico de Le Saulchoir, rompió una lanza por el puesto preferente de los seglares en la reflexión religiosa (y no parece que él tuviera ningún complejo de Edipo teológico, puesto que se encuentra dentro de la estructura eclesial y tiene un puesto de primera línea en ella). Así dijo que, «ante las tareas teológicas de hoy, los clérigos, como tales, son infértiles, lo cual no tiene nada de sorprendente, ya que, en muy amplia medida, la teología que hoy tenemos corresponde a su propio género de vida de clérigos».

Por eso propugnó «que se diera ocasión a una maduración teológica real de los laicos, que son los portadores de riquezas que les son propias». Y continuó añadiendo que esta teología actual tenía mucho de una «neoescolástica», porque era «una reflexión que se encierra en sí misma, sin relación con la experiencia de la fe vivida en comunidad». Por eso, ni siquiera a los seglares especializados en teología es a quienes más les corresponde la reflexión religiosa, «sino que, de hecho, debe ser cometido de la comunidad cristiana como tal».

La verdad es que la dirección impresa a este Congreso, tan progresista desde el punto de vista religioso, fue muy parcial porque le faltó sentido «mundial» y «ecuménico», en el más amplio sentido de la palabra. Y J. P. Manigne añade, en I.C.I., que la teología oriental —tan rica y tan viva— brillaba allí por su ausencia, así como el mundo español y latinoamericano, que apenas estaban presentes, y que incluso «no acudieron al llamamiento de este Congreso, si es que fueron llamados». Y el profundo —y que yo personalmente respeto, pero no sigo ciegamente— Karl Rahner, S. J., tuvo un gesto bien poco liberal porque «rehusó que se discutiera el problema del ministerio sacerdotal a la luz de otras teologías que no fuesen católicas».

Yo creo que no sobra esta crítica que se hace a la teología y los teólogos actuales, porque la crítica es la que ha hecho nuestra cultura contemporánea, y los grandes críticos como Kant, Marx o Marcuse emplearon siempre un lenguaje radical, y muchas veces descarnado y sin contemplaciones, precisamente para hacernos salir de nuestro conformismo intelectual, o de nuestra excesiva admiración personal a las primeras figuras de la intelectualidad, sea profana o religiosa. El profesor Metz, el catódrico alemán de Münster, echó en cara, también con toda razón, a la estructura humana actual de la Iglesia el impedir «desarrollar en los creyentes el sentido crítico, porque no es un exceso de crítica la causa de la actual crisis de la Iglesia, sino la lamentable ausencia de la libertad crítica más elemental».

Pienso que, en vez de partir de los principios que estos teólogos consagrados nos suministran, sería hora de hacer un cambio radical de 180° en nuestra reflexión religiosa. Y no apoyarse tanto en ellos como en la experiencia real de la vida. Partir de esta experiencia, y reflexionar sobre ella como creyentes, nos dará las líneas maestras de una teología del mañana que no nos abrumará con sus bizantinismos como ayer y como hoy, ni con sus excesivas ramificaciones y complicaciones, porque resultará ser un conjunto de escuetas verdades básicas, entendidas en forma plural por la conciencia sincera de los creyentes, y de la confrontación dialéctica de estas diversas perspectivas saldrá más luz.

Yo creo que la teología no es privativa de un grupo, y mucho menos del actual grupo clerical o eclesialístico, sino, como decía ya hace muchos años el famoso y nada sospechoso Cardenal Segura, es un derecho de todo creyente. Como realmente lo fue en la Iglesia oriental siempre, y entre nosotros en la primera época de la Iglesia.

Es una cosa que nos afecta tan directamente a nuestra propia vida, que no podemos remitirla a los especialistas de oficio, y mucho menos a los que, por su género de vida —como decía el Padre Jossua, O. P.—, no pueden ayudarnos gran cosa en lo que es privativo nuestro y que muy poca semejanza tiene con lo por ellos vivido.

Entiendo que el respeto a las personas no está nunca reñido con la crítica a sus ideas, y en el catolicismo debía ser norma siempre lo que enseñaron dos grandes teólogos: San Agustín y Santo Tomás de Aquino. El primero afirmaba que «a los demás libros —que no son los revelados— los leo de tal suerte que, por mucha santidad y doctrina que tengan, no por eso juzgo algo verdadero porque ellos lo pensaron así, sino porque logran persuadirme» (Epístola 82). Y santo Tomás pedía que no se aceptasen las razones de la teología por la autoridad de los teólogos, ya que esta autoridad moral, esgrimida como si fuese una razón importante, no es nada más que utilizar «argumentos extraños y sólo probables», porque, para él, sólo la Sagrada Escritura puede producir certeza, pero no la autoridad de los teólogos.

El otro punto de la influencia de la fe en la marcha de los asuntos humanos quedará para otro día.

MIRET MAGDALENA